

# DIÓCESIS DE PALM BEACH

## CELEBRACIÓN DE ORDENACIÓN E INSTALACIÓN DEL OBISPO DIOCESANO

Martes, 24 de febrero de 2026

### PALABRAS FINALES DE MONS. MANUEL DE JESÚS RODRÍGUEZ

Su Eminencia, Cardenal Christophe Pierre, Nuncio Apostólico en los Estados Unidos;  
Su Excelencia, Monseñor Thomas Wenski, Arzobispo de Miami, quien preside esta solemne  
celebración;

Su Excelencia, Monseñor Héctor R. Rodríguez, Arzobispo de Santiago de los Caballeros y  
Presidente de la Conferencia del Episcopado Dominicano;

Su Excelencia, Monseñor Gerald Barbarito, Obispo Emérito de Palm Beach;

Su Excelencia, Monseñor Robert J. Brennan, Obispo de Brooklyn;

Excelencias Reverendísimas, Obispos presentes;

Muy queridos sacerdotes, diáconos, religiosos, seminaristas y fieles laicos de la Diócesis de  
Palm Beach;

Queridos sacerdotes, diáconos, religiosos, seminaristas y fieles laicos visitantes de otras  
diócesis;

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

¡Qué hermosa es nuestra Iglesia! ¡Qué hermoso es caminar por la senda de Cristo Jesús en  
compañía de tantos hermanos y hermanas tan queridos! ¡Qué hermosa es la Diócesis de Palm  
Beach!

Al concluir esta solemnísimas celebración litúrgica, en la cual el Señor ha unido mi humilde  
persona a la Diócesis de Palm Beach como su Obispo Diocesano, deseo expresar un saludo  
lleno de afecto y gratitud. Pronunciar estas palabras me llena de asombro y temblor, no solo  
porque hace apenas unas semanas me habría parecido imposible decirlas, sino también porque  
evocan aquella afirmación eterna de San Agustín: *Vobiscum sum Christianus, vobis sum  
episcopus* — «Con ustedes soy cristiano; para ustedes soy obispo».

En efecto, compartimos la misma fe y el mismo compromiso con nuestro Señor Jesucristo. Sin  
embargo, ahora es mi vocación y mi solemne responsabilidad ser para ustedes, en esta Diócesis  
de Palm Beach, pastor y custodio de la fe que profesamos en común. Soy obispo para ustedes;  
es decir, esta noche ha nacido una nueva relación. Estamos juntos en esto. Desde hoy y hasta  
que el Señor lo disponga, soy su obispo y ustedes son mi pueblo, unidos por la fe que  
compartimos como miembros de la familia de Jesucristo. Y juntos seguimos siendo ovejas del  
único rebaño que Él mismo pastorea. Por eso, aunque hoy he sido ordenado obispo, debo  
siempre “oler a oveja”, como nos recordaba nuestro inolvidable Papa Francisco.

La Palabra del Señor que hemos escuchado proclama claramente que la fe que nos hace Pueblo  
de Dios y su rebaño nace del milagro del amor divino, un amor gratuitamente dado para que

nunca nos falten los medios necesarios para vivir el don de la salvación. La Sagrada Escritura y el Concilio Vaticano II nos enseñan que el amor es la verdadera ley de la Iglesia (cf. *Lumen Gentium* 9; Jn 13,34), y que la salvación de las almas es siempre su ley suprema (cf. can. 1752).

Bajo la amorosa guía pastoral de su hasta ahora Obispo Diocesano, Mons. Gerald Barbarito, y gracias al servicio entregado de tantos sacerdotes, diáconos y colaboradores laicos dedicados al Reino de Dios, ustedes —la familia de la Diócesis de Palm Beach— han experimentado la fuerza renovadora de ese amor. Ahora debemos seguir avanzando por ese mismo camino, sabiendo que Cristo Jesús, Amor de los amores, inspira y sostiene nuestro caminar. No podemos detenernos, porque somos el Cuerpo de Cristo aquí en Palm Beach.

Con espíritu fervoroso de oración, esta Diócesis debe continuar adorando y reverenciando al Señor con mayor devoción y celo. Con audacia apostólica debemos proclamar más ampliamente la Palabra de Dios; celebrar abundantemente los sacramentos; vivir intensamente la caridad visitando a los enfermos y a los encarcelados, asistiendo a los pobres, acompañando a los inmigrantes, educando en la fe a niños y jóvenes, y cuidando a nuestros mayores. Nuestra vocación y misión es hacer presente en Palm Beach el Reino de Dios: bello, floreciente, amplio, unido y luminoso.

Por eso, hermanos y hermanas, dejemos que el amor de Jesucristo sea nuestra fuerza y motivación. No permitamos que el odio o la amargura, ajenos a nuestra fe y a nuestra identidad eclesial, envenenen nuestros corazones. No necesitamos buscar fuera lo que ya poseemos en abundancia en nuestra propia casa: tenemos a Cristo y su Evangelio de amor.

La Iglesia, como Madre y Maestra, nos enseña a leer los signos de los tiempos y a dialogar con la ciencia, con otras religiones y con los líderes sociales y políticos. Pero lo hacemos sin olvidar el tesoro de nuestra fe, nuestros valores esenciales y la manera de comunicarlos a la luz de la Escritura, la Tradición y el Magisterio. Eso basta para llenarnos de alegría y transformar el mundo. Porque el mundo tiene hambre de Jesucristo, y nosotros podemos y debemos compartirlo con todos.

Es oportuno recordar lo que San Pablo proclamó a los cristianos de Éfeso: «Ya no son extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios» (Ef 2,19). Como nos han recordado el Papa Francisco y el Papa León, en la Iglesia no hay extranjeros ni inmigrantes, sino hermanos.

Reconocemos con humildad que nuestra Iglesia es faro de luz y modelo de comunión. Es la Iglesia que permitió a un sacerdote nacido en Boston convertirse en obispo fundador en la República Dominicana y defensor valiente de la dignidad humana. Es la Iglesia que llevó al Padre Stanley Rother a servir al pueblo maya de Guatemala y a entregar su vida como mártir. Es la Iglesia en la que un joven sacerdote agustino de Chicago pudo convertirse en Sucesor de Pedro y primer Papa americano de la historia. Y es la Iglesia en la que un muchacho nacido en Moca, formado en la escuela de Don Bosco y ordenado para servir en Brooklyn, hoy viene a servir como Obispo de Palm Beach. Somos una Iglesia dinámica, apasionada y valiente.

Comencemos este camino confiando en el Dios vivo que nos elige y nos envía: «No me han elegido ustedes a mí, sino que yo los he elegido a ustedes y los he destinado para que vayan y den fruto que permanezca» (Jn 15,16).

El Señor nos envía a creer en la belleza de formar familias cristianas sólidas en Delray Beach, Jupiter y Port St. Lucie; a alimentar a los pobres en Stuart y Vero Beach; a promover la solidaridad en Boca Ratón y Wellington; a defender la vida desde la concepción hasta la muerte natural; y a acompañar a nuestros niños y jóvenes en su crecimiento en la fe.

A mis hermanos sacerdotes les digo: Aquí estoy. Cuenten conmigo y con todo mi apoyo. Que podamos caminar juntos según la voluntad del Señor.

A los seminaristas: ustedes son nuestra alegría y esperanza. San Juan Bosco prometía “pan, trabajo y paraíso”. Yo añado: buena salud y seguro de automóvil... y muchos seguidores en Instagram.

A los diáconos: estoy aquí para servirles.

A los padres de familia: ustedes son nuestra prioridad.

A los abuelos: son un tesoro.

A los fieles de nuestras parroquias y escuelas: no tengan miedo, Cristo es nuestra libertad.

A los jóvenes: preparémonos para la Jornada Mundial de la Juventud.

A los niños: ustedes son nuestras tropas de paz y esperanza.

Al equipo diocesano y a Caridades Católicas: gracias por su dedicación.

A mis hermanos obispos: es un honor caminar junto a ustedes.

Que la Santísima Virgen María, Madre Inmaculada de la Iglesia y Estrella del Mar, junto con San José y San Miguel Arcángel, nos ayude a vivir nuestra vocación cristiana con valentía y alegría, confiando siempre en Dios, que nunca abandona a su pueblo.

No sé con certeza cuál será el desenlace final de este camino ni cómo el Señor dispondrá los acontecimientos. Pero, en su Santo Nombre, comencemos.

- ¡Que viva la Diócesis de Palm Beach!
- ¡Viv Dyosèz Palm Beach la!
- ¡Mabuhay ang Diyosesis ng Palm Beach!
- ¡Ka Diocese nke Palm Beach dịrị ndụ!
- ¡Diocese Palm Beach muôn nãm!
- ¡Viva a Diocese de Palm Beach!
- ¡Vive le diocèse de Palm Beach!

Que Dios nos bendiga a todos.